

1971

Desde un principio, me creí todo lo que me decían sobre la forma más adecuada de comportarse, hasta las mentiras descaradas, pese a que tenía mis propias inclinaciones. A una edad en que otras niñas nigerianas dominaban el *tenten*, un juego en el que movíamos nuestros pies al compás y luego tratábamos de despistar a nuestra pareja con repentinamente sacudidas de rodilla, yo pasaba mis mejores momentos sentada en un embarcadero haciendo como que pescaba. El peor era cuando oía a mi madre gritarme por la ventana de la cocina: «¡Enitan, ven aquí a ayudarme!»

Yo volvía corriendo a la casa. Vivíamos junto a la laguna de Lagos. Teníamos media hectárea de terreno rodeado por una valla de madera bastante alta, con la que podías clavarte una astilla en un dedo si no ibas con cuidado. Yo jugaba despreocupadamente en el lado oeste, porque el lado este lindaba con los manglares del parque Ikoyi, y una vez había visto deslizarse por allí una culebra de agua. Recuerdo los días calurosos a más no poder, con un sol como un huevo cuajado y brisas esporádicas. Pasado el mediodía, parábamos a comer y dormir: comidas pesadas, siestas como de borracho. Las tardes, después de hacer los deberes, las pasaba en nuestro embarcadero, una corta pasarela de madera que podía recorrer en tres zancadas si las daba tan largas que me tiraran los músculos del interior de los muslos.

Me sentaba en el borde empedrado de conchitas a esperar que el agua me salpicara los pies y lanzaba mi caña de pescar, que estaba hecha con una rama de árbol, cuerda y

el corcho de alguna botella de vino de mi padre, ya vacía. Algunas veces pasaban muy cerca los pescadores, remando a un ritmo que me gustaba más que mascar mondongo frito; con la piel carbonizada, casi gris del agua salada secada al sol. Hablaban con el soniquete de los isleños, gorjeando de canoa a canoa. Nunca sentí la tentación de saltar a la laguna al pasar ellos. Despedía un tufo a pescado crudo, y su color parduzco me decía que sabría a vinagre. Además, todo el mundo sabía que las corrientes podían llevarse a una persona. Los cuerpos solían aparecer al cabo de unos días, hinchados, rígidos y podridos. De verdad.

No es que me hiciera muchas ilusiones de pescar nada. Los peces se revolían demasiado, y no soportaba la idea de ver a otro ser vivo asfixiándose. Pero era el único lugar que me dejaban las peleas de mis padres, sus agravios imperdonables. Las paredes no me ponían a resguardo de sus gritos. No me ponía a resguardo la almohada, aunque hundiera debajo la cabeza. No me ponían a resguardo mis manos, aunque me tapara con ellas bien fuerte los oídos y hundiera la cabeza debajo de la almohada. Con que allí estaba el embarcadero, mi protectorado, hasta el día en que mi madre decidió que había que echarlo abajo.

El cura de su iglesia tuvo una visión de los pescadores entrando en nuestra casa: vendrían de noche, *labalaba*; vendrían desarmados, *yimiyimi*; robarían objetos de valor, *tolotolo*.

Al día siguiente ya estaban unos operarios reemplazando nuestro embarcadero por una valla de alambre de espino bajo la mirada vigilante de mi madre; la misma mira-

da con que observaba a nuestros vecinos; la misma con la que comprobaba cada noche que nuestras ventanas estaban bien cerradas para que no entraran los malos espíritus; la misma que clavó en la puerta de casa hasta pasado un buen rato desde que mi padre salió por ella. Yo sabía que él se pondría hecho una furia. Se había ido a dar una conferencia sobre leyes, y cuando volvió y vio la valla nueva de mi madre salió a la carrera, aullando como un loco. Nada, nada detendría a mi madre —decía— hasta que no hubiera destrozado todo lo que había en nuestra casa, por culpa de esa iglesia suya. ¿Pero qué clase de mujer era? ¿Qué clase de mujer egoísta e insensible era?

A él le encantaba aquella vista. Contemplándola a la brisa de tardes cálidas es como le recuerdo, plácido como la silla de mimbre en que se sentaba. Casi siempre estaba allí durante la estación seca, que duraba prácticamente todo el año; rara vez cuando soplaban helado el *harmattan*, de Navidad a Año nuevo, y jamás durante la cenagosa estación de las lluvias, que volvía resbaladizo el suelo de nuestro porche en las vacaciones de verano. Yo me sentaba en los escalones a mirarles a él y a sus dos amigos: el tío Alex, un escultor que fumaba una pipa que olía a coco fundido, y el tío Fatai, que me hacía gracia porque el nombre le cuadraba a aquella cara regordeta suya. Era abogado también, como mi padre, y habían estudiado los dos juntos en Cambridge. Tres mosqueteros en el corazón de las tinieblas, decían que eran allí; siempre andaban juntos, y casi nadie hablaba con ellos. A veces me metían miedo con sus historias del Oeste de Nigeria (que mi padre llamaba el Salvaje Oeste), donde

la gente tiraba a otra gente neumáticos de coche y les pegaba fuego porque pertenecían a otras facciones políticas. El tío Alex echaba la culpa de las luchas a los británicos: «Ellos y su maldito imperio... ¡Venir aquí a partir nuestro país como si fuera uno de sus malditos pasteles! Conducir por la izquierda de la maldita carretera...»

El día en que estalló la Guerra civil, fue él quien nos trajo la noticia. Al poco rato, llegó el tío Fatai y estuvieron escuchando la radio con las cabezas gachas, como rezando. A lo largo de los años, sobre la base de sus discusiones sobre los federalistas, los secesionistas y los malditos británicos, yo había acumulado tanto conocimiento sobre los sucesos de mi país como le cabía a una criatura de siete años. Sabía que a nuestro primer Primer Ministro le había matado un teniente general, que al teniente general le mataron enseguida y que teníamos otro teniente general al frente de nuestro país. El follón se había acabado durante un tiempo, y en aquel momento, al parecer, los biafreños trataban de dividir nuestro país en dos.

El tío Fatai rompió el silencio:

—Espero que nuestros chicos acaben con ellos.

—¿Pero qué coño dices? —preguntó el tío Alex.

—¿Quieren pelea? —dijo el tío Fatai—. Pues les vamos a dar pelea.

Tío Alex le dio un codazo en el pecho que casi le tumbara.

—¿Sabes pelear tú? ¿Eh, sabes? —Mi padre trató de intervenir, pero el tío le advirtió—: Tú no te metas, Sunny.

Al final, mi padre le pidió al tío Alex que se fuera. Él me

dio una palmadita en la cabeza al marcharse, y jamás volvimos a verle por casa.

A lo largo de los meses siguientes, fui escuchando partes radiofónicas de cómo les iba a nuestras tropas contra los biafreños. Oía el eslogan: «Mantener el país unido es nuestro cometido». Mi padre me mandaba meterme debajo de la cama cada vez que había una alerta de ataque aéreo. Alguna vez le oí hablar del tío Alex; que si había sabido de antemano que iba a haber una Guerra civil; que se había unido a los biafreños y había muerto combatiendo por ellos, a pesar de que odiaba las armas.

Yo quería a mi tío Alex; pensaba que si había de casarme con un hombre, sería con uno como él, un artista, a quien las cosas le preocupaban más de la cuenta o nada en absoluto.

Fue él quien puso a mi padre el apodo de Sunny, aunque su verdadero nombre era Bandele Sunday Taiwo. Por entonces, todo el mundo llamaba Sunny a mi padre, igual que llamaban a mi madre Mama Enitan, por mí, aunque su verdadero nombre era Arin. Yo era su primogénita, y ya su único hijo, porque mi hermano murió. El pobre vivió su vida entre crisis de anemia falciforme. Mi madre se unió a una iglesia para que se curara; abandonó la fe anglicana y se abandonó a sí misma, al parecer, porque un día mi hermano tuvo otra crisis y le llevó allí a que le sanaran. Murió a los tres años de edad. Yo tenía cinco.

En la iglesia de mi madre vestían túnicas blancas. Caminaban descalzos y bailaban al son de tambores. Eran bautizados en un arroyo de agua bendita, del que bebían para

purificar sus almas. Creían en espíritus; en malos espíritus, que otra gente enviaba para sembrar la destrucción, y en espíritus renacidos, que no habían de permanecer en la tierra largo tiempo. Sus ensalmos: culto y rezos interminables. Yo aún podía soportar el ver a mi madre elevando los brazos al cielo y actuando de una forma en que nunca la había visto actuar en una iglesia anglicana. Pero estaba segura de que si el cura se me plantaba delante y ponía los ojos en blanco como cuando estaba a punto de tener una visión, me moriría allí mismo.

Tenía un bulto en la frente y la expresión de estar oliéndose algo malo. Anunciaba sus visiones entre cánticos que sonaban igual que las palabras que en yoruba significan «mariposa», «escarabajo pelotero» y «pavo»: *labalaba, yimi-yimi, tolotolo*. Olía a incienso. El día que le tuve delante, no levanté los ojos del dobladillo de su sotana. Yo era un espíritu renacido, dijo, igual que mi hermano, y mi madre tenía que llevarme a ser purificada. Yo era demasiado pequeña, dijo ella. Mi hora no tardaría en llegar, dijo él. Pavo, pavo, pavo.

Después de eso, anduve todo el día con la dignidad de los ancianos pesarosos, metiendo tripa hasta que me dieron calambres. Sería una muerte dolorosa, estaba segura, y no quería ver a mi hermano así, como un fantasma. Bastó que mi padre me preguntara cómo estaba para que me desmoronara delante de él.

—Me voy a morir —dije.

—Tú no vuelves por allí —dijo él, tras pedirme que me explicara.

A partir de entonces, me pasaba los domingos en casa. Mi madre se iba a la iglesia, y mi padre también salía. Entonces Bisi, nuestra muchacha, se colaba en casa de los vecinos para ver a Akanni, el chófer, que iba siempre con la música *yuyu* a todo meter, o venía él a verla y se retiraban los dos a las habitaciones de servicio y me dejaban a mí con Baba, nuestro jardinero, que trabajaba los domingos.

Por lo menos, durante la Guerra civil, Bisi me llevaba a veces a escuchar las historias que contaba Akanni sobre el lejano frente de combate. De cómo los soldados biafreños iban pisando minas que les reventaban las piernas y se las dejaban como tomates triturados; de los niños biafreños que comían carne de lagarto para seguir vivos. Uno de los héroes de Nigeria era el Escorpión Negro, un soldado. Llevaba al cuello una ristra de amuletos y las balas le rebotaban en el pecho. Yo era lo bastante mayor ya como para oír esas historias sin asustarme, pero demasiado joven para que no me fascinaran. Cuando al cabo de tres años acabó la guerra, las eché de menos.

Por aquel entonces, la televisión no empezaba hasta las seis de la tarde. La primera hora era de noticias, y yo las noticias no las veía nunca, salvo aquel día especial en que el Apolo se posó en la luna. Después de aquello, los chicos contaban en el colegio que si te quedabas demasiado rato mirando un eclipse podías coger apolo, una forma de conjuntivitis. Ahí estaban Tarzán, el Zorro, Robin Hood y toda la familia Cartwright, de *Bonanza*, siempre deshaciendo entuertos, para explicarme cualquier otra cosa que necesitara saber del mundo. E, ignorante de cuantos mensajes ses-

gados estaba recibiendo, me caía bien Tarzan (¡los nativos, qué horror!), pensaba que los indios eran gente muy mala y me sabía de memoria los alegres estribillos de las multinacionales extranjeras: «Con Mobil es tu motor / bip, bip, el rey de la carretera». Cuando salía Alfred Hitchcock, sabía que era hora de irme a la cama. Como si era Doris Day. No podía soportar su canción, «Qué será».

Me iba acercando a la adolescencia con un sinfín de achaques físicos, acabé el último curso de primaria y comenzó la larga espera para entrar en la escuela secundaria. La escuela secundaria no empezaba hasta primeros de octubre, así que las vacaciones de verano se alargaban más de lo normal. La lluvia caía a cántaros y luego se secaba, y los días transcurrían todos iguales a menos que pasara algo especial, como la tarde que Baba encontró huevos de iguana, o la mañana que un perro rabioso mordió a nuestro vigilante nocturno. O la noche que se pelearon Bisi y Akan-ni. Yo les oí gritar y fui corriendo a las habitaciones de servicio a mirar.

Akanni debía de creerse Muhammad Alí. Boxeaba con su sombra dando vueltas en torno a Bisi. «¿Cómo me llamo? ¿Cómo me llamo?» Bisi se le vino encima y le dio una bofetada. Él le echó la mano al cuello y le desgarró la blusa. «¿Mi brusa? ¿Mi brusa?» Ella le escupió en la cara y le agarró por la cadena de oro que llevaba al cuello. Rodaron los dos por tierra y no dejaron de darse patadas hasta que Baba acabó tendido en el suelo. «Basta», dijo. «Basta, os lo ruego.»

La mayor parte de los días no eran tan emocionantes. Y empezaba a aburrirme la espera cuando, a falta de dos se-

manas para que terminaran las vacaciones, todo cambió. Fue el tercer domingo de septiembre de 1971, mediada la tarde. Estaba jugando con mi catapulta y, sin querer, le di a Baba, que estaba cortando el césped. Se puso a perseguirme con su machete, yo eché a correr derecha hasta la alambrada y se me enganchó una manga. En la tradición Yoruba, existe la creencia de que la Naturaleza anuncia los tránsitos por que pasa una persona: a la vida, a la edad adulta y a la muerte. El canto de un gallo, una tromba de agua, una luna llena, los cambios de estación. Para mí no hubo tales presagios, que yo recuerde.

—Te está bien empleado —sonó una voz de chica.

Por el amplio boquete de la valla asomó una nariz, seguida de un ojo castaño. Deenganché mi manga del alambrado y me froté un codo.

—Por andar por ahí corriendo de esa manera —dijo ella—. Como una gallina sin cabeza. Te está bien empleado el enganchón.

No se parecía en nada a los hijos de los Bakare, los vecinos de al lado. Les había visto por el boquete grande de nuestra valla, y eran tan oscuros de piel como yo; y más pequeños, además. Su padre tenía dos mujeres que organizaban reuniones de cocina al aire libre. Siempre parecía que estuvieran embarazadas, y él, con sus amplios ropajes, también. Se le conocía como el Ingeniero Bakare. Era amigo del tío Fatai, y el tío Fatai le llamaba *Alhaji* Bakare, porque había hecho la peregrinación a La Meca. Para nosotros era el Jefe Bakare. Había dado una fiesta sonada el año anterior, tras la ceremonia en que le invistieron Jefe, y aquella

noche no hubo quien durmiera, con el sonido de su banda de *yuyu* retumbando a través de las paredes. Típico de los de Lagos, dijo mi padre. Estuvieron de jarana hasta que cayeron muertos, o hasta que lo hicieron los vecinos.

—Me llamo Sheri —dijo la chica, como si se lo hubiera preguntado.

—No te había visto nunca —dije yo.

—¿Y qué?

Pensé que era una descarada; ella soltó una risita.

—¿Puedo pasar a tu casa? —preguntó.

Eché una ojeada al patio, porque a mi madre no le gustaba que jugara con los hijos de los Bakare.

—Vente.

Tuve tiempo de aburrirme. La esperé junto a la valla alambrada, me olvidé de la manga rota y hasta de Baba, que me había estado persiguiendo. Parecía que él también se había olvidado de mí, porque estaba cortando el césped junto a la otra valla. Al cabo de unos minutos, entró ella. Era mestiza, tal y como me figuraba. Llevaba falda rosa y una camisita blanca que no le llegaba al ombligo. Su cara, con el pelo corto a lo afro, parecía un girasol. Me fijé en que usaba pintalabios rosa.

—¿Cuántos años tienes? —la interpele.

—Once —dijo.

—Yo también.

—¿Qué? ¿Con lo pequeña que eres? —dijo ella.

Yo al menos era razonablemente alta para tener once años. Ella casi ni me llegaba al hombro, y eso que llevaba zapatitos de tacón. Le dije que mi cumpleaños era en ene-

ro, pero me contestó que seguía siendo mayor ella. Cumplía años dos meses antes, en noviembre.

—Soy mayor, mando en ti. ¿No lo sabes? Así es como va. Mis hermanos pequeños, en casa, me llaman hermana Sheri.

—No me lo creo.

—Pues es verdad —dijo.

Un rumor de brisa agitó el macizo de hibiscos. Me examinó de arriba a abajo.

—¿Viste las ejecuciones en la tele, anoche?

—¿Qué ejecuciones?

—Las de los atracadores.

—No.

No me habían dejado verlas; mi padre estaba en contra de la pena capital.

Ella sonrió.

—Ah, estuvo muy bien. Los fusilaron en la playa. Les ataron, les taparon los ojos y... Uno, dos, tres.

—¿Muertos?

—*Pafuka* —dijo ella, y dejó caer la cabeza a un lado. Yo me imaginé la escena en la playa en que se llevaban a cabo las ejecuciones públicas. Solían sacar las fotografías en los periódicos del día siguiente.

—¿De dónde es tu madre? —pregunté.

—Inglesa.

—¿Vive en Inglaterra?

—Está muerta.

Lo dijo como si me diera la hora: las tres en punto. ¿No le importaba? Yo sentía vergüenza por la muerte de

mi hermano, como si fuera cojita y la gente se fuera a reír de mí por eso.

—¡Hala! —exclamó. Había visto una escuadrilla de peces voladores en la laguna. Yo me quedé también mirando cómo saltaban y volvían a zambullirse. Era raro que salieran a la superficie. Desaparecieron y el agua volvió a quedar en calma.

—¿Tienes hermanos y hermanas? —preguntó ella.

—No.

—Estarás mimadísima.

—No lo estoy.

—Sí que lo estás, sí que lo estás. Se te ve en la cara.

Hizo un giro sobre sí misma y empezó a presumir. Era la mayor de los hijos de los Bakare. Tenía siete hermanos y hermanas. Iba a entrar en un internado dentro de dos semanas, en otra ciudad, y además...

—A mí me han admitido en el Royal College —dije, para callarle la boca.

—¡Qué asco! ¡Es sólo de chicas!

—¿Y qué? Es el mejor colegio de Lagos.

—Sólo chicas es un rollo.

—Según cómo lo mires —dije, citando a mi padre.

A través de la valla, oímos la música *yuyu* de Akanni. Sheri sacó trasero y empezó a contonearse. Se agachaba y luego subía culebreando.

—¿Te gusta la música *yuyu*? —le pregunté.

—Sí. Y a mi abuela también, y la bailamos.

—¿Bailas con tu abuela?

—Vivo con ella. (...)